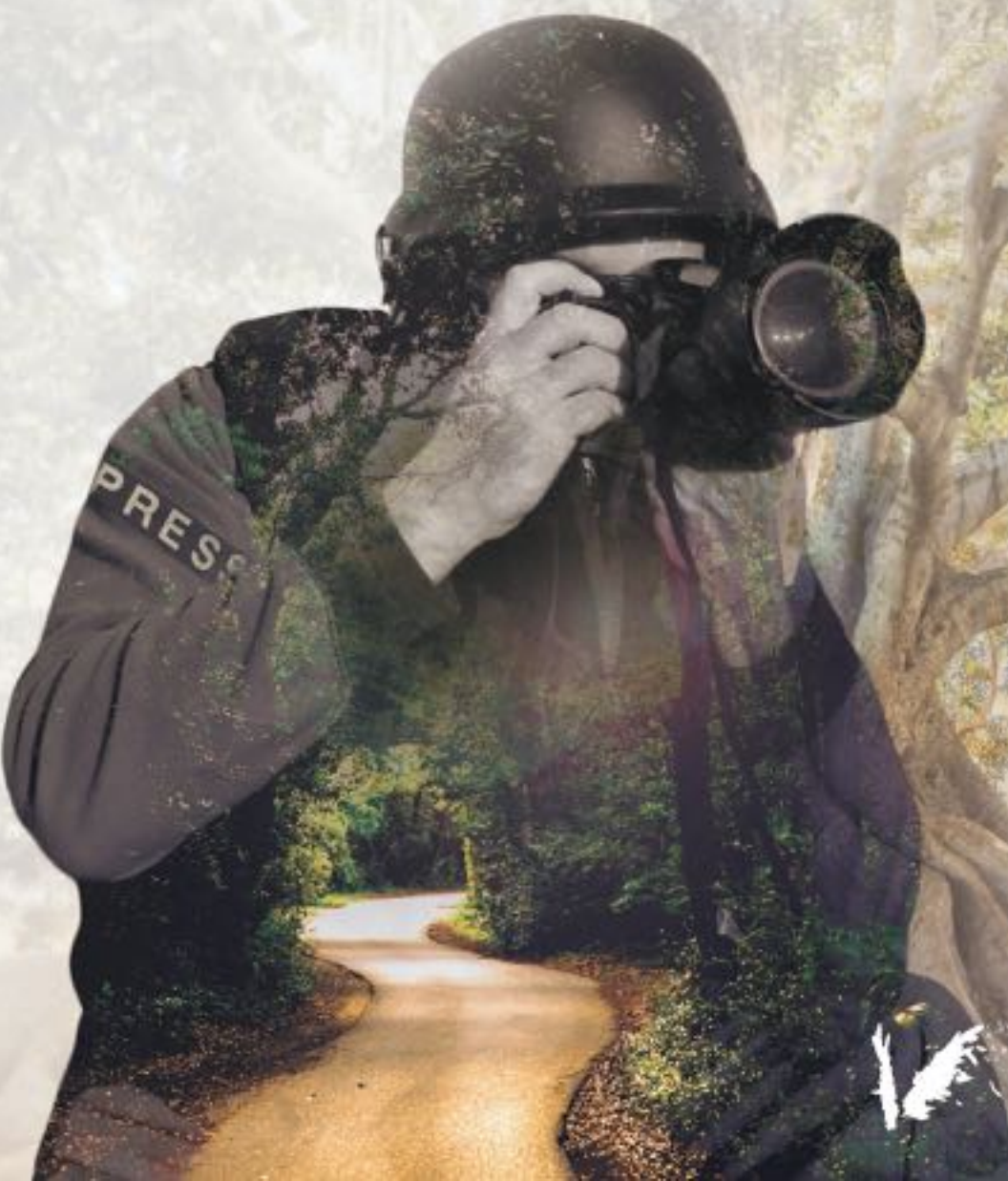


[J.G. MONTEJANO]

EL CAMINANTE



EL CAMINANTE

Juan Ignacio González

Montejano

Primera edición: noviembre de 2021

© Copyright de la obra: Juan Ignacio González Montejano

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-124212-4-8

Código ISBN digital: 978-84-124212-5-5

Depósito legal: B 15014-2021

Ilustración portada: Cristina Lamata

Corrección: Teresa Ponce

Maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions

www.angelsfortuneditons.com

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

A mi madre, Josefa Montejano Moreno

DICHOS DE UN CORAZÓN DE DIAMANTE

¿Qué dedo me corto?, ¿de cuál me separo?, ¿cuál de mis frases sientes como tuya?, ¿cuál de mis dichos más te ha marcado?

Que si la zapatilla me quito y a dormir calentico, de comer hay comida o voy a hacer un recado.

¿Qué dedo me corto?, ¿de cuál me separo?

No hay una perra, como coja camino, no hagas eso que te, que te, mira a ver si tu padre vino.

¿Qué dedo me corto?, ¿de cuál me separo?, mis ocho almas, mis hijos, siempre estaréis a mi lado.

Frita como un chicharrón o porque lo dices tú, que si eres mujer o porque te lo digo yo.

¿Qué dedo me corto?, ¿de cuál me separo?

Prólogo

Y así resulta imposible llegar a resolver el enigma de cuándo se producirá el acontecimiento que lo cambiará todo, que dará inicio a esa chispa, a ese instante que te coloca en la verdadera casilla de salida, con el que se emprenderá un camino de no retorno que acabará tejiendo la historia de tu propia vida, de la vida de cada uno de nosotros.

Porque, al fin y al cabo, ¿qué conforma ese camino si no se trata de la distancia recorrida y que transcurre entre cada nueva experiencia?

Y durante todo ese trayecto, esa senda, ese camino, el tiempo que discurre es cambiante. Días afligidos y tristes se entrelazan con otros dichosos, y, a cada paso dado, amor, desamor, sosiego, dolor, desilusión, alegría, esperanza... Toda una amalgama de sentimientos y sensaciones variopintas que siempre serán parte de la mochila en ese extraordinario y efímero peregrinaje que simple y llanamente comporta la vida misma.

Esa vida que confluye ramificada junto a otros caminos, de ahí que cada decisión tomada o no, cada frase enunciada o callada, cada obra, cada acto omitido o llevado a cabo acabará teniendo repercusión y consecuencias que determinarán la dirección y devenir del resto de caminantes que coinciden a tu lado en algún punto.

De todo eso trata *El caminante*. De cómo tras la idea primigenia de buscar a alguien pueden llegar a descubrirse las casualidades e imprevistos más inverosímiles, los reencuentros más demenciales, las sorpresas más inusitadas... Todo mezclado en un entramado de mentiras, medias verdades, desgracias personales y superación, junto un final tan mordaz como insospechado.

CAPÍTULO 1

Duele, ¿verdad?

—Una ambulância, Tiago, pegue o telefone e peça ajuda, vamos lá!

—Companheiro, por Deus, volte! Você prometeu, Danilo e seu futuro depende de você, meu amigo!

—¡Vamos, abre los putos ojos! ¡Piensa en Danilo, tío, tienes que luchar!

A pesar del miedo y el agobio, esa poderosa y terrible angustia —ante la que en mil ocasiones su amigo hizo alarde de afrontar con entereza e incluso indiferencia, llegando a rozar la locuacidad— no estaba siendo procesada con la misma medida y templanza por parte de Joao, quien observaba aturdido a su vez como su amigo y compañero se desangraba a través de una herida infligida a escasos centímetros del corazón, causada por una bala disparada por parte del malnacido que instantes antes se la había dispensado de forma gratuita e inexplicable, sin mediar palabra alguna.

Hacía tiempo que el hombre que se encontraba postrado en el suelo frío de esa sucia y degradada callejuela había abandonado la idea de portar, como prenda indispensable para llevar a cabo su tarea, el chaleco antibalas que le proporcionaba

protección y seguridad, esperando que por fin y de una vez por todas un proyectil o un trozo de metralla hiciese blanco en su cuerpo. Procediese de donde procediese, no haría culpable a nada ni a nadie de su trágico destino, daba igual que surgiera de fuego amigo u oponente. Y al fin parecía que había llegado el momento, ese dulce momento en el cual dejar de lado ese resquicio de monótona vida sin expectativa ni demanda de ilusión alguna para sí mismo, hastiado de ver tanto sufrimiento, decepcionado con la condición humana en su más amplio sentido.

La cámara fotográfica que instantes antes portaba en sus manos y con la cual capturaba todo tipo de detalles de los asentamientos y gentes de la favela Fazenda Coqueiro, una de las más extensas de Río de Janeiro, se encontraba a unos cinco metros de distancia. Arrojada en la vía pública —el sustantivo de vía quedaba exagerado para dicho camino-senda entre chabolas—, el teleobjetivo se había partido por la mitad debido al brutal golpe al caer. El tiempo parecía haberse detenido, ralentizado, fluía extraño, transcurría de idéntica forma que si lo hiciese entre fotogramas, como si de un sueño a retales por partes se tratase.

—Ñao me foda, ñao me foda, vamos lá, volte agora!

Joao apretaba fuertemente la herida con un trozo roído de su camiseta de tirantes azul. A pesar de haberse visto envuelto involuntariamente en alguna que otra pelea en su Lisboa natal debido a los celos que ofuscaban a los enfurecidos novios de las

chicas que se sentían atraídas por él, le violentaba cualquier tipo de circunstancia similar. Había tenido referencia de muertes violentas en las favelas brasileñas a través de algún reportaje dominical que la televisión portuguesa ofertaba en su programación semanal, pero ahora lo estaba viviendo en primera persona, el que ahora yacía en el suelo no era otro que su amigo y Joao era ante todo... hombre de paz.

Joao, hombre de complexión atlética, unos ciento noventa centímetros de fornida presencia, rozando los treinta y uno, bien llevados, muy bien llevados, piel agradecida color caoba, pelo moreno, rizado, labios gruesos y carnosos, ojos de un azul tan profundo que ejercían un influjo inquietante, entre admiración y sorpresa, no era de extrañar que tanto él como su malherido amigo fuesen asediados por parte de mujeres tan variopintas como bellas durante las noches frenéticas que se dispensaba en la zona del barrio Alto de la capital lisboeta y discotecas circundantes bajo el puente del Veinticinco de Abril. Se conocieron por primera vez en un club de ambiente africano con música en directo, un lugar donde se exaltaba el cóctel de mestizaje y fusión de composiciones y danzas de diversos países.

Joao era el hijo único de un prestigioso y acaudalado arquitecto de la capital portuguesa de nombre Adalberto Botelho, quien contrajo nupcias treinta años atrás con una bella y escultural mujer de Cabo Verde, Isla de Fogo, de nombre Cesária. Adalberto Botelho se había granjeado buenas e influyentes

amistades entre empresarios y políticos de varios países. Con fama de hombre sosegado y seguro, embaucaba a conocidos y clientes mediando no poca dosis de confianza y buena gestión en cada edificación u obra llevada a término y que oportunamente publicitaba promocionando a su vez nuevas ejecuciones. Por el año 2005, entreviendo el más que factible auge económico de aquellas maravillosas islas icónicas que constituyen el archipiélago de Cabo Verde y habiéndose priorizado en la última década reformas ingentes y privatizaciones en el sector turístico ante la seguridad jurídica que recientemente se estaba instalando en el país, Adalberto aprovechó esta circunstancia haciendo valer su reputada fama para ganar muchísimo dinero a través de la construcción de varias cadenas hoteleras de renombre.

Mientras su padre acrecentaba el patrimonio familiar, Joao se formaba en la Universidad Técnica de Lisboa en Ingeniería Genética y Virología. Cualquiera diría que su propio genoma había sido manipulado sistemáticamente en una probeta mediante alguna metodología que finalmente y como consecuencia de ello aportó a cada una de las partes de su cuerpo su imponente aspecto. Era un poco cómico el ver como las chicas reían clamando que no hacía falta que se inventase que era licenciado en dicha disciplina, ya que con su porte sobraba para sentirse atraídas por él. No obstante, además de la licenciatura y tras años de carrera, había obtenido un doctorado mediante un estudio realizado en un laboratorio de Berlín en base a coincidencias

sobre algunas mutaciones víricas, así como la elaboración preliminar y en pruebas de un fármaco susceptible de poder llegar a combatir la resistencia de algunos tipos de virus —trabajo que nunca vio la luz toda vez que una empresa dedicada al sector de la farmacéutica se otorgó la titularidad de la investigación efectuando el desembolso de grandes emolumentos al laboratorio con la promesa de dar curso a dicho descubrimiento, si bien pasados ya varios años nada se sabía del mencionado fin, pues probablemente su verdadera intención fuera callarlo, ya que lo que siempre ha aportado pingües ingresos e ingentes cantidades de dinero no es otra cosa que la cronificación de las enfermedades—.

Joao no ansiaba dinero, había vivido gracias a su padre prácticamente en la opulencia, no deseaba reconocimiento, condescendencia o gratitud alguna, solo registrar su hallazgo y ponerlo desinteresadamente a disposición de todas las personas, de cada organización y estamento global, de cada empresa, ¿de quién...? Desde los albores de los tiempos la vanidad humana ha prevalecido sobre la caridad y la empatía ante el dolor y sufrimiento ajeno.

Dado que, hiciera lo que hiciera en el campo de la investigación, incluido conseguir una posible solución a varias dolencias, su trabajo sería siempre afanadamente enmudecido ante los oídos de aquejados y enfermos, dejó de transigir con

todos y cada uno de los laboratorios por donde fue plasmando a su paso sus inquietudes y conclusiones.

Tiago había telefonado con un viejo y obsoleto terminal a urgencias médicas, si bien una vez realizada la llamada y puesta en conocimiento la ubicación, zona alta de favela Fazenda Coqueiro, el interlocutor alegó la imposibilidad de mandar ayuda alguna, tenían instrucciones de que debían prestar asistencia siempre en compañía y con protección policial, no encontrándose disponible en ese momento ninguna dotación debido a unos altercados que se estaban ocasionando en la otra parte de la ciudad, a la vez que reyertas y detenciones en otras favelas de la inmensa urbe.

Tiago, resignado ante la adversidad, trasladó a Joao lo que le habían manifestado de forma aséptica, como si de un puto contestador se tratase, sin ápice alguno de interés.

Ese hombre, ese que yacía en la callejuela, expuesto, desvalido, indefenso, que inicialmente añoraba el fin de su existencia y que había ansiado que su muerte fuese precisamente de esta forma, abrió los ojos de repente...

—¡Joder, qué dolor! ¡Mierda! ¡Me cuesta respirar!

La ensoñación de una muerte rápida, dulce e indolora se había desvanecido de forma tan precipitada como igualmente rauda fue la bala en llegar hasta su dolorido cuerpo. Comprobó por sí mismo que dicho deseo no había sido otra cosa que figuraciones en su mente, parecía mentira, después de haber visto morir a tantos hombres, habiendo envidiado su trágico final,

ahora él estaba comenzando a cambiar la bucólica opinión de aquel desenlace.

—No vas a hacerme esto, tío, no te voy a dejar hacerme esto. ¡Levanta!

Mediando en él mismo una inusitada fuerza, conminó a Tiago a que le ayudara con su amigo, para levantarlo en volandas del suelo mientras entre ambos obturaban la lesión.

Comenzaron a deambular de forma torpe e inconexa, Joao a la izquierda y Tiago a la derecha del maltrecho desventurado.

Cada escaso tramo recorrido era vigilado por parte de los moradores de cada chozo de favela Fazenda Coqueiro, si bien nadie intervenía, nadie parecía condolerse de aquellos sujetos que requerían auxilio a cada paso dado, amparo que no fue dispensado a pesar de aquellas miradas inertes en su expresión de todo atisbo de empatía.

Cuando parecía que estaba todo perdido y que de ninguna forma llegarían a tiempo a la zona baja del asentamiento, lugar donde podrían solicitar el traslado a algún centro facultativo, un hombre menudo, delgado, de pelo moreno a media melena, barba de varios días, pero bien cuidada, tez blanca algo amarillenta, pasados ya los cuarenta, con aspecto doliente y achacoso, se dirigió hasta los foráneos y les instó a que con premura introdujesen a su colega en la parte trasera de una furgoneta azul descolorida y oxidada, tipo *pick-up*, que bien podría definirse como una especie de tartano deteriorado, confeccionado

pieza a pieza con partes de otros vehículos, siendo el rugir de su motor análogo al de una motosierra en apuros.

Subieron torpemente a su amigo a la furgoneta, en el mismo instante que súbitamente volvió a desvanecer...

—*Acelere, amigo, ñao há tempo!*

Transcurridos quince interminables minutos y tras callejear entre edificios y construcciones erigidas de forma absurda e incoherente en la colina, llegaron hasta la unión de una carretera que daba trayecto a una zona de la ciudad algo más desarrollada y a su vez segura, como si se tratase de la desembocadura de un afluente en su río principal que cursaba sus aguas hasta el mar.

De forma ininteligible, una ambulancia había llegado al mismo tiempo que ellos, como sincronizada, a ese trozo de asfalto esperanzador. Lo que desconocían tanto Joao como Tiago es que el piadoso conductor de ese destartado vehículo había telefoneado instantes antes a un conocido, quien casualmente le debía el favor de haber encontrado trabajo como chófer de equipo de emergencia metropolitana por medio de su influencia. A su vez, el agraciado había requerido el favor de un enfermero amigo para que le acompañase a la práctica del traslado.

En el instante en el cual procedían a transferir al herido entre vehículos, este entreabrió nuevamente sus ojos. Viendo de forma desdibujada y confusa, extendió sus brazos y, dirigiéndose a quien cooperó de forma desinteresada bajándoles hasta la carretera en su *pick-up*, balbuceó...

—¡Ron! ¡Ron! ¡Eres tú! ¡Eres tú!

Tras lo cual se fundió nuevamente en una preocupante somnolencia debido a la extremada pérdida de sangre.

Antes de emprender el camino hacia el hospital más próximo, Joao interpeló al altruista individuo por su nombre, a lo que este alegó:

—*Marcelo, meu nome é Marcelo.*

—*Obrigado, Marcelo.*

Acerca del autor



Juan Ignacio González Montejano nació en 1973 en San Pedro, Albacete, en las lindes de las primeras elevaciones de la sierra de Alcaraz.

Es el menor de los ocho hijos del único y ejemplar policía municipal de la población y de una madre maravillosa que le

inculcó desde bien pequeño valores tan encomiables como el respeto y el afán de superación.

Siempre mantuvo en su mente la idea de dedicar parte de su tiempo a la escritura de relatos. Alentado por su mujer, familiares y algunas de sus amistades más íntimas, finalmente ha dado el paso.

El recuerdo de aquella madre, lectora apasionada en sus últimos años de vida, no hizo otra cosa que afianzar la determinación de publicar una novela en su honor.

Padre orgulloso de dos hijos y felizmente casado, dedica la publicación de su primera novela a su núcleo familiar y a los padres que tanto añora.